

PANTALLAS

FIGURACIONES MÍAS
Sabina Pons



Necesito ayuda. Esto de ser madre a caballo entre lo analógico y lo digital me trae de cabeza; esto de ser madre en el imperio de la hiperpaternidad terminará por provocarme una úlcera. Haga lo que haga, tome la postura que tome, acabo sintiéndome culpable. Tuve la mala suerte de que el nacimiento de mi hijo coincidiera con la eclosión de los manuales para ser buenos padres y con la competitividad descarnada entre familias para ver cuál de sus vástagos asistía a un colegio más innovador, aprendía cálculo mental más pronto o se manejaba antes con el chino cantonés.

La periodista **Eva Millet**, experta en temas de educación, ha constatado que la sociedad ha pasado a considerar a los niños como “muebles” (no hacerles mucho caso, dejar que se las apañen solos) a pequeños “altares”, centro absoluto del hogar y de la vida y objeto de veneración. Somos -explica Millet- la generación de los padres helicóptero, siempre encima de los hijos, anticipándonos a sus necesidades, controlando su rutina, asumiendo funciones de chófer, secretaria y hasta de segurata.

De entre los miles de motivos que exacerban mi culpabilidad, el que más me pesa es el que tiene que ver con lo tecnológico. Hace ya bastante tiempo, cuando mi hijo de tres años empezó su educación infantil (parvulitos para los pleistocénicos), las maestras nos recomendaron que no viera mucha tele, ante el riesgo de que su pequeño cerebro fuera abducido por el poder de las imágenes y en su lugar creciera una especie de patata incapaz de crear o imaginar.

Mal que bien, su padre y yo fuimos trampeando hasta que el niño comenzó Primaria (EGB para los antediluvianos). Entonces, los profesores nos advirtieron de la penosa influencia de las consolas, que apenas dejaban tiempo a los niños para jugar al aire libre y relacionarse con otros chavales. Luego, aproximadamente en cuarto curso, la tutora nos previno contra Internet, una ventana abierta al mundo en la que, ante la ausencia de filtros, los niños bien podían extraviarse. Había que restringirlo, tener el ordenador en el salón y vigilar qué miraba cada minuto del día.

En el último curso de Primaria le tocó el turno al móvil. Tanto nos habían hablado de los efectos perniciosos de proporcionar-le un teléfono propio al niño que mi hijo fue el último de la clase en tenerlo cuando ya iba camino de la exclusión social. Fueron muchos años luchando contra las nuevas tecnologías, frenando la enorme curiosidad del niño a costa de muchas broncas.

Y entonces, cuando en casa nos hacíamos la ilusión de haber acorralado al monstruo, van los profesores del colegio, los mismos que nos habían advertido, exhortado, aleccionado e instruido acerca de las nuevas tecnologías e “implementan” (ahora se utiliza mucho ese verbo) la tableta, el ipad, como herramienta básica en Primero de Educación Secundaria. El signo de los tiempos. Me sentí muy, pero que

muy traicionada, qué quieren que les diga. No era solamente que desaparecieran los libros de texto o que ya no pudiera revisar los exámenes o que hubiera un descontrol total con los deberes ¡es que con el ipad del cole tenía libre acceso a internet! Fue entonces cuando tiré la toalla: me habían metido al enemigo en casa y no iba a haber fuerza humana o divina que lo volviera a sacar.

Nuestros hijos son las cobayas de la introducción de las nuevas tecnologías en el colegio y en el hogar, estoy convencida de ello. A día de hoy, nadie sabe los efectos que tanta información va a tener sobre la educación y la cultura.

Lo que yo -como madre de un adolescente de trece años- he podido comprobar, de forma totalmente acientífica, es que cuando se le priva de las “pantallas” (televisión, móvil y tableta) se porta mejor, se muestra más sociable y sus ataques de rabia e indignación contra el universo entero son menos frecuentes. De hecho, no son raros los estudios que relacionan nuevas

No son raros los estudios que relacionan nuevas tecnologías con adicción, con pérdida de empatía, escasa atención y aumento de la irascibilidad

tecnologías con adicción, con pérdida de empatía, escasa atención y aumento de la irascibilidad.

“Sentido común”, me dicen mis amigas, “hay que racionar el tiempo que dedica a las pantallas” y “no dejes de vigilar lo que mira” y “es necesario rastrear sus cuentas en las redes sociales” y “selecciona los *youtubers* a los que sigue”. Yo asiento con la cabeza y en mi interior se va gestando un grito gigantesco: ¡No puedoooo! No puedo vigilarle las veinticuatro horas del día, apenas sé manejar YouTube, está en redes sociales de las que desconozco hasta su nombre.

► **Entonces, agotada**, encuentro un término nuevo: *underparenting*, practicar la sana desatención, relajarse y disfrutar de la experiencia de acompañar a tu hijo en el azaroso camino que es la vida. Asegurarse de que su entorno familiar sea cálido y afectuoso, un lugar en el que se sienta querido, seguro, escasamente juzgado. Un hogar en el que se han establecido límites, pero no leyes; en el que los comportamientos tienen consecuencias, pero evitando el drama.

En ello me refugio cuando la presión me supera, en ello y en la frase del escritor **D. H. Lawrence** -también recogida por Eva Millet- y sus tres reglas para educar a los hijos “Dejarlos en paz, dejarlos en paz y dejarlos en paz”. Pero D. H. Lawrence, claro, era inglés.

EL PRISMA

DE SANTY



GUIÑOL



Camilo José Cela Conde

Lo que tenga que pasar hoy en el Parlament de Cataluña, pasará (viva **Pero Grullo**) pero lo que nadie sabe cuando se escriben estas líneas es cómo será el guion del acto. Puede que el juez **Llanera** conceda permiso al fugado para que asista a las sesiones. Puede que no lo haga y, aun así, **Puigdemont** se presente ya sea disfrazado, escondido en el maletero de un automóvil, tirándose en paracaídas o en ala delta. El abanico es amplio.

Lo que parece descartado es que el presidente parlamentario, **Roger Torrent**, se atreva a hacer oídos sordos a la resolución del Tribunal Constitucional (TC) que prohíbe, tal y como dice el propio reglamento del Parlament de Cataluña, una investidura del candidato a distancia. Es una verdadera lástima porque habremos perdido la oportunidad de salir en todas las televisiones del mundo — y de entrar en el libro Guinness de los récords— como protagonistas de la primera elección virtual de un presidente de gobierno. Pero tampoco es como para rasgarse las vestiduras porque, de un tiempo a esta parte, acaparamos las portadas de todo el planeta gracias al éxito que estamos logrando en el traslado a la realidad del programa aquel de mucha risa, cuando existía el Canal+, que eran las *Noticias del guñol*.

Los disparates se reparten entre los dos bandos en liza. El patinazo del Gobierno al elevar al TC un recurso contra la proclamación de Puigdemont como candidato es de los órdago. El hoy vecino de Bruselas tiene todo el derecho del mundo a optar a la investidura mientras un juez no le inhabilite, así que era imposible que el máximo organismo garante de las libertades constitucionales atendiese a toda prisa el capricho gubernamental. Lo hará en un plazo de diez días,

es decir, cuando ya no sirva de nada. Al establecer que Puigdemont es de momento un candidato legítimo pero tiene que asistir en persona a la sesión en que los diputados decidirán si le dan su confianza, pidiendo permiso al juez que ha emitido orden de detención contra él, el alto tribunal ha adoptado la decisión más sensata.

► **Otra cosa es** que a los partidarios de la investidura del guñol les parezca fatal no poder montar el número del discurso a distancia. Los políticos han sido siempre capaces de mantener contradicciones en

Según Josep Rull, los jueces están a las órdenes del Gobierno y abofetean a los ministros

sus discursos, quizá porque están harto acostumbrados a que a los votantes la incoherencia les dé igual. Los protagonistas de estos tiempos tenebrosos saben incluso que no pasa factura el meter esas frases contrarias en el mismo párrafo. Con motivo de la resolución del Tribunal Constitucional cerrando el paso a los apaños por Internet, el diputado de JuntsxCat **Josep Rull** ha sostenido ante los micrófonos de Catalunya Ràdio que la separación de poderes está constantemente vulnerable en España y que la decisión del alto tribunal es una bofetada en el rostro de la vicepresidenta **Sáenz de Santamaría**. O sea que, a la vez, los jueces están a las órdenes del Gobierno y abofetean a los ministros. Las noticias del guñol no lo habrían hecho mejor.

Insultos étnicos

Pedro Villalar

Leo que **Pilar Rahola**, la autora de una biografía de **Artur Mas** —hay que tener estómago—, perdió los nervios en un programa de televisión de TV3 e insultó a su antagonista, el exdiputado del Partido Popular en el Parlament de Cataluña, **Sergio Santamaría**, al que tachó, entre otras cosas, de “rancio”, “españolista” y “patético”. La discusión versaba sobre el **Puigdemont** es un

valiente o un cobarde por haberse marchado de España para eludir la cárcel. Ardua cuestión. Cada cual tendrá su propia opinión, pero lo que me interesa del caso es el hecho de utilizar el término ‘españolista’ como improprio, como insulto. Se supone que españolista es el nacionalista español de la misma manera que el catalanista es el nacionalista catalán... ¿Y por qué ha de ser positiva la introspección identitaria en un caso y no

en el otro? ¿Si el españolista es, a juicio de sus adversarios, el que con parcialidad da predominio a los valores y rasgos identitarios españoles, no habrá que temer que el catalanista haga lo propio con sus propias señas de identidad?

Yo creo —no es más que una opinión— que ser nacionalista es detestable por excluyente, sectario, supremacista, insolidario, racista incluso, etc. Pero lo pienso de cualquier nacionalismo, el español y el catalán, el serbio y el finlandés. Lo incomprendible es que Rahola piense que “catalanista” es un elogio y “españolista” una injuria.